

María Teresa Acosta Ávila

La psicología de las minorías activas revisitada: entrevista con Serge Moscovici

Polis: Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial, vol. 2, núm. 1, primer semestre, 2006, pp. 141-177,

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa

México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=72620106>



Polis: Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial,

ISSN (Versión impresa): 1870-2333

polis_iztapalapa@yahoo.com.mx

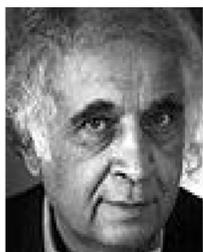
Universidad Autónoma Metropolitana Unidad

Iztapalapa

México

La psicología de las minorías activas revisitada: entrevista con Serge Moscovici

María Teresa Acosta Ávila*



Los trabajos de Serge Moscovici en el campo de las ciencias del hombre y de la sociedad se caracterizan por una gran innovación: han sacudido los paradigmas canónicos de la disciplina, renovado sus métodos de investigación y sus orientaciones, creado una escuela europea de psicología social cuya originalidad es universalmente conocida. En este campo Serge Moscovici ocupa a partir de ahora el lugar eminente que fue, hasta fines de los años 60, el de Jean Piaget.

Comunicado de prensa de la Fundación Balzan.

Introducción

Serge Moscovici ocupa un distinguido lugar en la psicología social contemporánea. La magnitud e impacto de sus proyectos le ha merecido renombre internacional y las más altas distinciones en varias universidades del mundo: London School of Economics and Political Science, Bolonia, Bruselas, Génova, Glasgow, Roma, Sevilla, México, por su innovadora obra científica. La importancia de sus ideas ha trascendido Francia y se ha transformado en un legado para la psicología social tanto en Europa como en América Latina.¹

* Investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana. Correo electrónico:

¹ Entre sus obras más importantes se cuentan *La psychanalyse, son image et son public*, PUF, 1961/1976; *Reconversion industrielle et changements sociaux. Un exemple: la chapellerie dans l'Aude*, Armand Colin, 1961; *L'expérience du mouvement. Jean-Baptiste Baliani, disciple et critique de Galilée*, Hermann, 1967; *Essai sur l'histoire humaine de la nature*, Flammarion, 1968/1977; *La société contre nature*, Union Générale d'éditions, 1972/Seuil, 1994; *Hommes domestiques et hommes sauvages*, Union Générale d'éditions, 1974; *Social influence and social change*, Academic Press, 1976; *Psychologie des minorités actives*, PUF, 1979; *L'Age des foules: un traité historique de psychologie des masses*, Fayard, 1981; *La Machine à faire*

MARÍA TERESA ACOSTA ÁVILA

Serge Moscovici es creador del Laboratorio de Psicología Social (1965) en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales en París. La psicología social de la innovación y la teoría de las representaciones sociales son actualmente teorías de indiscutible importancia en la psicología social moderna y fundamento de numerosos programas de investigación.

Su visión de la psicología social y su red conceptual, ha ofrecido una nueva interpretación de la realidad que se crea en el mundo científico y ha permitido considerar aspectos de la vida social que no eran pensados hasta entonces.

MARÍA TERESA ACOSTA (MTA): Profesor Moscovici, por su trayectoria académica actualmente es bien conocida su relación con la psicología social en América Latina. ¿Su interés por las revistas de psicología social latinoamericana sigue vivo?

SERGE MOSCOVICI (SM): Por supuesto, y desde hace mucho tiempo. Mis relaciones con la psicología social sudamericana son muy antiguas. Cuando fui por primera vez a México fue con motivo de la creación de la Asociación Latinoamericana de Psicología Social (ALAPSO). La fiesta, por así decirlo, tuvo lugar en la casa del profesor Rogelio Díaz Guerrero; Festinger, Tajfel, Ramallo y algunos otros habían ido también. Enseguida, nosotros, es decir The Transnational Committee of Social Psychology, fuimos a Tepoztlán, que en aquella época era un hermoso poblado.

Yo creo que la primera revista de psicología social latinoamericana apareció en 1975. No era ni tan suntuosa, como sus revistas actuales, ni tan erudita. Muy honestamente, pienso que ustedes deberían rendir homenaje a estos pioneros que no solamente eran poco numerosos y desprovistos de medios, sino que también enfrentaron acontecimientos dramáticos. Recuerdo el año 1973, cuando Pinochet tomó el poder y que debimos ayudar tanto a los que se quedaron como a aquellos que pudieron escapar, y que Luis Ramallo tuvo que transfe-

des dieux, Fayard, 1988; *Chronique des années égarées: récit autobiographique*, Stock, 1997; *Social Representations : Explorations in Social Psychology*, Polity Press, 2000; *De la Nature. Pour penser l'écologie*, Métailié, 2002.

rir la Facultad Latinoamericana de Chile a Buenos Aires. Y después fue el golpe de Estado en Argentina, en 1976, y todo lo que siguió. En ese momento yo era presidente del Comité Transnacional, incorporado a la UNESCO, y todos estos acontecimientos tuvieron una gran influencia sobre nuestra actividad y sobre nuestra moral. Evidentemente, cuando veo como ocurren las cosas ahora en América Latina, cuando leo sus revistas, lo hago con otros sentimientos y otros recuerdos que los hombres y mujeres de su generación. Por ejemplo, yo leía, en una de estas revistas, un artículo sobre una conferencia organizada gracias al Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), y recordé que en el inicio de la asociación latinoamericana, la misma CLACSO había rehusado aceptar a la psicología social por razones que entonces me parecían muy oscuras. Debe encontrarse en los archivos una muy rica correspondencia sobre este tema.

MTA: ¿Hay algo que le sorprenda al leer estas revistas?

SM: Oh, eso depende de las revistas, de los momentos en los cuales las leo, de los autores incluso. Para mí, su diversidad, y la pasión de los que las editan son un signo de vitalidad y de imaginación, y eso me basta. Evidentemente me gustaría que algunas tuvieran más apertura y objetividad para lo que hago, para lo que nosotros hacemos, tanto más cuanto que se inspiran en esto. Me gustaría poder encontrarlos en un terreno común, pero soy muy realista en lo que concierne a la vida intelectual, académica, en general. Estoy obligado a reconocer que una cierta forma de intolerancia me disgusta, porque la he encontrado en varias ocasiones, concerniendo a mis ideas y mis investigaciones. Pero en lugar de ensombrecerme, eso más bien me inspira confianza. Porque creo que este estado de cosas es inevitable cada vez que uno se esfuerza por seguir su propio camino, por incitar a las personas a adoptar algo nuevo, a rechazar las convenciones, a decirles, “sean ustedes mismos”. Pero es necesario comprender que actualmente, lo que me parece que constituye un impedimento o una resistencia al trabajo científico propiamente dicho, al desarrollo de la psicología social en particular, es una excesiva inversión en la teoría del conocimiento, en la definición de lo que debe ser la ciencia, de lo que es una buena ciencia, de lo que debería ser una buena psicología

social. Toda esta sobre actividad es más marcada en los países antaño muy empiristas, como los Estados Unidos de América o Inglaterra. Los que participan en esto dan muestras de una gran erudición, de sinceridad y de valor. Solamente es lamentable una cierta distancia entre su discurso epistemológico y la práctica científica, el hecho de que ellos no siempre tomen en cuenta algunos aspectos de nuestra ciencia, de su historia –porque hay muy pocos investigadores sobre la historia de la psicología social. En una palabra como en cien, cuando esta reflexión epistemológica no refleja una experiencia o una creatividad científica, se tiene la impresión de que el autor del artículo, hombre o mujer, quiere darle una lección, moralizarlo: “He aquí lo que está bien, he aquí lo que está mal”. Y las lecciones de moral, siendo muy frecuentemente lecciones de conformismo, son aburridas, incluso en una bella revista. Cada uno sabe, o debería saber, que las relaciones entre la epistemología y la ciencia son necesarias y fecundas. Incluso si muchas personas las ignoran, diciendo que es una parte del tiempo, que es metafísica. Pero estas relaciones son específicas, deben llenar una función heurística. Por eso los que reflexionan sobre la epistemología deben, me parece, tomar en cuenta lo que yo llamaría la argumentación de Einstein y de Grossman.

Einstein reconoce el valor de la teoría del conocimiento por la vitalidad y la creatividad de la investigación. Pero agrega que el científico no es un epistemólogo y entonces no puede o no debe ser fiel a un punto de vista, o a una doctrina epistemológica, porque su práctica le impone adoptar tal o cual punto de vista según el problema que intenta resolver en un momento dado. En otras palabras, mientras que la epistemología es, por necesidad, ortodoxa, el investigador es, según la expresión de Einstein, un oportunista. Y por tanto, él ha sido uno de los más grandes epistemólogos de nuestro tiempo. El argumento de Grossman no es el de un científico sino el de un gran escritor y periodista soviético. En sus artículos escritos durante la segunda guerra, él contribuyó a la victoria del ejército rojo. Escribió en particular sobre la batalla de Estalingrado en la que participó. En sus libros entonces, él trata los problemas de la sociedad soviética, entonces de la investigación científica. Y él constata que una gran parte de la energía está consagrada a la crítica, a la definición de lo que es una buena teoría del conocimiento y de lo que es la buena ciencia. Pero él se pregunta por qué esto desemboca en una mala ciencia que no contribuye

al esfuerzo de la guerra, de la lucha contra los nazis. He aquí un diálogo extraído de una de sus obras consagrada a los inicios de la guerra contra Alemania: “Sabe usted, dijo Nikolai Grigorievitch, ¿pero cómo explica que las personas que dominan tan mal la teoría del conocimiento sean tan fuertes en la práctica del conocimiento?” Debemos decirnos que, cuando es necesario desplegar tanta energía para desarrollar la psicología social en nuestros países, sea en Europa o en América Latina, lo más importante, es desembocar en una buena práctica del conocimiento. Por estas razones, entonces, aunque yo he recibido una formación en epistemología e historia de las ciencias, cuando fui estudiante de Alexandre Koyré, yo he buscado sobretodo adquirir y enseñar esta práctica. Debemos decirnos que cuando es necesario desplegar tanta energía para inventar un concepto, descubrir un fenómeno, la invención y el descubrimiento mismos nos introducen en una buena teoría del conocimiento y son la prueba de ello. O entonces éstas nos muestran cómo y por qué es necesario cambiarla.

En una vida, cientos de ideas han atravesado su cerebro; centenas de intuiciones o de problemas se han presentado, mezclado, y la mayor parte se han desvanecido en un increíble desorden. Sólo dos o tres han sobrevivido y resistido al desorden. Pero no espere que estas ideas le sean presentadas en una charola; bien arregladas, bien pulidas, para una teoría de la ciencia, incluso verdadera. Éstas son el fruto de una historia, y, cómo lo decía Marx, los hombres hacen la historia, pero no saben la historia que hacen. Si usted quiere tener una psicología social aquí o en otra parte, es necesario tolerar lo incierto, lo fragmentario, lo práctico. Es siempre interesante leer e incluso escribir sobre la teoría del conocimiento. Pero no espere como se pretende, que ésta sea completa y satisfactoria. Para terminar, quiero hacer una predicción: si ésta lo fuera, el resultado sería un conformismo, una esterilidad y un ritualismo que no tendría nada que envidiar a la que existe ahora en América del Norte. Algunas veces este conformismo voluntario me sorprende y me desalienta. Pero por alguna razón desconocida, no puedo ceder a esto. Tal vez porque es más simple y más justo someter sus propias teorías a la prueba de los fenómenos que uno descubre, y que tiene ganas enseguida de contarle a los otros. Me sería fácil escribir uno o dos volúmenes para refutar los argumentos del proceso epistemológico que se me hace desde hace muchos años, aquí o allá, en Caracas, en España, o en la ciudad de México. Sin duda, estos

MARÍA TERESA ACOSTA ÁVILA

volúmenes no los escribiré nunca, no a causa de la edad, sino porque, en la práctica de la investigación, en esta búsqueda que nos empuja a comprender los secretos de lo real, está la belleza y la poesía. Para resumir todo esto, yo diría que, en estos campos, la necesidad creadora dirige todo.

MTA: ¿Usted piensa que tiene una visión propia de la psicología social?

SM: Tengo una seguramente que he inscrito en una tradición que escogí, porque no hay teoría o práctica sin una tradición que la aclare y la justifique. Es una visión de la psicología social en tanto que ciencia del cambio y de explicación del cambio. Es la pregunta más difícil y la más específicamente psicosocial. Pero para regresar a su pregunta, yo podría resumir en tres puntos mi manera de concebir la psicología social: *a)* La psicología social expresa primero una perspectiva, un punto de vista sobre la sociedad por el hecho que existen un cierto número de fenómenos —comunicaciones, representaciones sociales, influencia, masas, por ejemplo—, así como existe un punto de vista económico, una perspectiva histórica, etcétera. Cada una de estas perspectivas es original y necesaria, exista o no una ciencia que la exprese, y por otro lado, ésta puede ser expresada en ciencias diferentes. Por ejemplo, el historiador Marc Bloch estudia en su libro *Les Rois Thaumaturges* el poder mágico atribuido a los reyes de Francia y de Inglaterra en una perspectiva, así como él mismo lo escribe, de la psicología colectiva. Y mi libro, *La machina à faire des dieux* está de algún modo destinado a comprender indirectamente esta perspectiva por la sociología. *b)* Además, e insisto en este punto, contrariamente a muchos otros, yo considero a la psicología social no como una especialidad de la psicología o la sociología, sino como lo que es en realidad: una ciencia autónoma. Y esto no solamente en razón de la estrechez de una tal ciencia auxiliar, sino por el hecho que no ha podido ser reducida, ni podrá serlo, a una u otra de estas dos ciencias. La encuesta más superficial mostraría que ni la psicología ni la sociología han manifestado un gran interés por los conceptos o los métodos de la psicología social. Y que esto ha estado influido por la una y la otra en condiciones que no tienen nada que ver con la síntesis de sus explicaciones. Pero reconozco gustoso que esta autonomía de la psicología social requería del

apoyo de un esfuerzo teórico más profundo. Es verdad que yo intente comprender la perspectiva o el punto de vista psicosocial a través de la idea de la mirada psicosocial. Pero en lo que concierne a la autonomía, ésta me parece que cae por su propio peso, representar un estado de hecho, determinado por los fenómenos psicosociales mismos. Sin embargo, es probable que, en la vida como en la ciencia, las dificultades de comunicación y de consenso, de un reconocimiento de su propia historia, impidan abordar este tipo de cuestiones. c) Finalmente, la psicología social me parece como una antropología de nuestra propia cultura. Aquí quedan dificultades por superar, porque se tiene tendencia a considerar a la cultura como un campo aparte o independiente de la sociedad o del individuo. Y entonces se llega a esta imagen de lo real como un pastel mil hojas: lo biológico y allí está una primera capa, lo psíquico una segunda, lo económico una tercera y así sucesivamente. Y como los investigadores son víctimas de esta convención, como ellos han establecido una capa de estas realidades y que la psicología social está en gran parte basada sobre la cultura, se dirá que existe una psicología cultural. Pero el hecho es, usted lo sabe por haber asistido a mi seminario, que lo que se estudia y se puede estudiar, no es la cultura en sí, lo que es común a los hombres –su lenguaje, sus valores, los rituales– sino la cultura de tal o cual sociedad. Aquí Marcel Mauss expresa mejor de lo que podría hacerlo yo lo que quiero decir, por lo que prefiero citarlo. En un acta de la *Völkerpsychologie* de Wundt escribe esto: “La psicología colectiva no habría podido tratar estos diferentes fenómenos sociales. Se deriva que los hechos que trata son estudiados, abstracción hecha de todo lo que concierne a la organización jurídica, política, económica, técnica, material de la sociedad [...] Se concibe todo lo que tal abstracción tiene de arbitrario. ¿Es que la lengua, los mitos, las diferentes formas del arte, la moral, no son estrechamente responsables de todas las instituciones sociales, de todas las estructuras sociales, y es posible comprenderlas cuando se les separa tan artificialmente de su ambiente natural?”.

He ahí entonces las tres maneras en las cuales se puede, yo creo, considerar la psicología social: un punto de vista ontológico sobre la sociedad, una ciencia autónoma de los fenómenos psicosociales, y un tipo de antropología de nuestra cultura, así como la antropología es un tipo de psicología social de otras culturas. Me repito: a mis ojos la psicología social no es, ni una rama de la psicología, ni un híbrido de

psicología y de sociología, sino una ciencia situada entre la psicología y la sociología, al mismo nivel que ellas. Además, cuando comencé, estas tres ciencias aparecían tal y como acabo de describirlas en una monografía de la UNESCO. Éste no sería ya el caso actualmente. He escrito poco sobre este tema, pero no he comprendido nunca por qué se quiere, como lo ha hecho Jones, mostrar que la psicología social es una rama de la psicología, o como otros, distinguir una psicología social de una sociopsicología. En todo caso, esta manera de ver me ha permitido abordar los fenómenos a escala de la sociedad, de su cultura, y de estudiarlos en un espacio bastante vasto, de dialogar igualmente con los psicólogos y con los sociólogos. Por esto me era necesario tomar en cuenta fuerzas actuantes concretas, fuerzas nacidas en la historia que dan forma a la sociedad. ¿Si no, de qué ocuparse? De grupos abstractos de categorías sociales, de colectividades en general. Y estas fuerzas actuantes que las representan en nuestra sociedad son las masas y las minorías. Sin duda existen en toda sociedad. Pero nuestra sociedad y nuestra época han tomado conciencia de su especificidad; elaboró la práctica y los desarrollos tal vez más que ninguna otra. Esto es tan cierto como que hay que preguntarse cómo se puede hablar actualmente de práctica sin tomar en cuenta estas fuerzas que han modificado la sociedad de la manera más significativa. Modificación que no es nunca tan sensible como en el campo político, en el de sus comunicaciones y de los movimientos sociales.

Desgraciadamente los psicólogos sociales se han retirado a su torre de marfil para hablar de la sociedad, de la práctica, sin preocuparse de todo lo que hace nuestra sociedad y cuáles son sus prácticas. Entonces de lo que justifica la existencia misma de la ciencia y le hubiera permitido ocupar su lugar entre las ciencias humanas. De ahí la pregunta que se plantea hasta nuestros días, de la vida de la psicología social, cuando no fuera simplemente de su supervivencia. Todo esto explica que su estatus plantea problemas. Que este estatus oscila entre la dependencia y una relativa independencia en la universidad, está en el orden de las cosas. Pero sus críticos no han dejado de subrayar las fragmentaciones de la disciplina y su falta de visión de conjunto.

MTA: ¿En este diálogo con las disciplinas y desde su perspectiva de la psicología social tuvo usted inspiración en algunos autores para la elaboración de la psicología de las minorías activas?

SM: Yo no sé cómo responder a su pregunta. En lo que me concierne, el punto de partida de una investigación no es ni un método, ni un hecho particular, sino un problema, y a medida que yo comprendo este problema, su interés, los elementos de la teoría toman su lugar. Y después hay intuiciones que tienen por origen mi propia experiencia individual. No voy a contarle mi vida, pero creo tener una gran experiencia de los movimientos sociales desde la edad de quince años. Por supuesto, he leído mucho, numerosos autores me han inspirado en el transcurso del trabajo de clarificación de un problema y de los primeros conceptos. Pero éste pudiera ser tanto André Breton, la vanguardia surrealista, como Lenin por la vanguardia del movimiento obrero, o Schumpeter sobre la innovación en la economía moderna. En esta época yo no conocía muy bien la psicología social norteamericana. No tan bien como Faucheux quien, él al menos, conocía Lewin y la dinámica de los grupos. Y fue él quien me condujo a leer la literatura sobre lo que se llama influencia social, donde yo no encontré nada significativo. Allí no se habla de innovación, ni de minorías salvo en algunos artículos sobre los pequeños grupos. Sherif y Lewin son dos autores que leí con mucho más placer en esta época y de quienes he aprendido más en la psicología social llamada experimental.

MTA: ¿Su interés en las minorías activas no proviene entonces, solamente, de una inquietud científica, de su interés en las diferentes ciencias sino de una articulación con su historia personal?

SM: Como acabo de decirlo, no es solamente mi interés en las diferentes ciencias sino también mi experiencia durante la guerra, en tanto que perteneciente a una minoría, y después en los movimientos sociales. No lo parezco porque soy relativamente solitario y llevo una vida monástica, pero tengo una especie de propensión, que no comprendo, a crear “movimientos” y “grupos”, sin buscarlo conscientemente, y esto me sale bien. Son en general grupos que tienden al cambio. Digamos que, hasta los años sesenta, no me había interesado sino en las representaciones sociales, en las comunicaciones, en el lenguaje: el resto me parecía trivial. Incluso las experiencias de Asch. Es tal vez espectacular, pero todos los días millones de individuos dicen lo que los otros quieren escuchar y piensan lo que su grupo quiere que se piense, o escriben lo que los comités de lectura esperan de ellos. Ade-

MARÍA TERESA ACOSTA ÁVILA

más es por esta razón que Dios que conoce su mundo ha expresamente prohibido en la Biblia de seguir a la mayoría, de colocarse del lado de los superiores en número cuando juzgan a alguien. Yo creo incluso que un juicio unánime pasaría por sospechoso.

MTA: Sin embargo la teoría de las minorías activas, en libros y revistas, se ubica en el marco de la influencia social.

SM: Yo no sé por qué es así, porque mi problema no estaba allí. La temática de todo lo que yo he hecho gira alrededor del problema del cambio social, y la teoría de las representaciones es también una teoría del cambio social. Partí del problema de la transformación del conocimiento científico en conocimiento de sentido común, porque esa transformación se ha vuelto problemática en nuestras sociedades modernas, sobre todo a partir de los años veinte con la aparición de teorías que no iban a ser fácilmente transformables en conocimiento de sentido común, incluso la teoría de la relatividad. Es un problema fundamental de epistemología. ¿Qué quiere decir epistemología? La epistemología se ocupaba primero de la transformación contraria, del conocimiento de sentido común en conocimiento científico. Ése es el problema de la epistemología. Cuando se habla de problemas de científicidad no se trata de un problema de método, se trata primero de un problema fundamental. Pero a partir del siglo XX este problema es un problema de la transformación del conocimiento científico que está muy alejado del sentido común, ése es el problema de la teoría de la representación social, el problema fundamental es el del cambio.

Yo tome justamente como ejemplo el psicoanálisis porque en ese momento era algo nuevo que estaba al mismo tiempo en una especie de batalla cultural que en Francia enfrentaba a tres actores: el psicoanálisis que era lo nuevo, la religión terrestre que era el marxismo y la religión celeste que era el catolicismo. Eso representaba un cambio del cual se ven ahora las consecuencias, porque es el único que ha penetrado completamente en la sociedad y en la cultura. He ahí el problema.

La innovación, de otra manera, también considera el problema del cambio social. Festinger, hace años, se interesó mucho en esto, la consideró como una posibilidad de la dinámica de grupos, decía que so-

bre este problema no se conocía nada. ¿Cómo se innova en un grupo? no es un problema de creatividad sino de innovación.

MTA: ¿Este problema que usted señala está relacionado con la elaboración de su conocida trilogía *ego-alter-objeto*?

SM: No, en absoluto. Yo me interese en la innovación en el año de 1963, 1964. Cuando leí los manuales de psicología social, los artículos sobre la dinámica de grupos, me interesaba ya en la innovación. Pero aprendí mucho más en los textos sociológicos o en los de los economistas, como Schumpeter. Y si esto no les escandaliza, yo les recomiendo leer la *Historia de la revolución rusa*, de Trotski, que se trata de la fe de la innovación y de minorías. Lo cierto es que en los manuales de psicología social y, sobre todo, en los escritos de Sherif, he comprendido que se puede utilizar el fenómeno de influencia para estudiar la innovación. Éste podía ser un medio de ejercer la acción colectiva de las minorías que no tenían otro medio de hacer presión sobre las mayorías. Todo comienzo es difícil y un poco caótico, porque hay siempre varias opciones. Cuando comencé a profundizar en estos problemas de la influencia, llegué por un lado a la hipnosis, la sugestión, etcétera. Por otro lado, me di cuenta que cuando se habla de influencia, se piensa en realidad en la conformidad. Entonces a partir de ahí, inicie una reflexión y una discusión, siempre con Faucheux, sobre la noción del hombre social en tanto que animal conformista, y sobre el hecho de que a través de la hipnosis, de la sugestión, se comprende por qué la influencia es un proceso fundamental de la psicología social. De hecho, incluso hablar de influencia social es un pleonasma, porque una influencia es por naturaleza social, “una locura de dos”, como se decía en los libros sobre la sugestión, etcétera. Desde que se habla de influencia social, como si hubiera otra, se comienzan a crear confusiones. En una palabra, la influencia es por definición algo que pone en relación dos términos, y un tercero en general. Si yo insisto en estos detalles de lenguaje, es porque éstos explican por qué la influencia que es un proceso fundamental de la psicología social no ha sido estudiada sino de manera fragmentaria y en un sentido que no ha buscado formular una teoría de este proceso. Eso me conduciría a un esquema conceptual, justo lo que era necesario para la teoría de las minorías.

MARÍA TERESA ACOSTA ÁVILA

MTA: ¿Su interés en el estudio de la representación social del psicoanálisis se relacionaba entonces con la psicología de las minorías activas?

SM: Sí y no. En esta época yo estaba solo, tan a solas con estas teorías como una persona que vive en un cuarto de hotel y espera que alguien toque a su puerta. Nunca se sabe, tal vez, un vecino iría probablemente a tocar, y él le diría: “venga a hacerme compañía, es verdaderamente muy triste estar solo”. No me habría atrevido a hablar aún de la psicología social que debía contar a lo mucho con diez investigadores en Francia y tal vez unos cuarenta en toda Europa. Pero más tarde, mucho más tarde, cuando edité el *Manual de psicología social*² me pareció necesario presentar a los lectores lo que era o debería ser el punto de vista o la orientación psicosocial. Usted va a preguntarme seguramente: ¿pero qué significa esta perspectiva, por qué es necesaria? Y bien, no hay necesidad de ser muy erudito para comprender que hay perspectivas, maneras de ver los fenómenos reales antes de que existiera la ciencia. Había una perspectiva o un punto de vista político de la sociedad antes de que apareciera la politología, un punto de vista o una perspectiva económica antes de que apareciera la economía, y así sucesivamente. Por una parte, estas perspectivas o puntos de vista son poco numerosos. Y por otra parte, éstas pueden aparecer en ciencias diferentes. Ahora bien, el punto de vista psicosocial sobre la sociedad, sobre ciertos fenómenos sociales –creencias, grupos, etcétera– forma parte de estos puntos de vista poco numerosos que los antropólogos, los historiadores de las mentalidades y así sucesivamente, adoptan frecuentemente con gran éxito. Yo pienso, por ejemplo, en el libro clásico *Les Rois Thaumatourges* de Marc Bloch. Entonces, si otros investigadores adoptan este punto de vista sobre la sociedad, es lamentable que buen número de psicólogos sociales lo olviden completamente en su reflexión teórica, su práctica, sus estudios empíricos. Lo más frecuentemente, ellos agregan una dimensión social a lo psicológico o una dimensión psicológica a lo social como un suplemento de alma, objetivo o subjetivo. Me pareció necesario

² *Introduction à la psychologie sociale*, sous la direction de Serge Moscovici, vols. 1 y 2, Paris, Larousse (Université), 1972. Versión castellana: Serge Moscovici, *Introducción a la psicología social*, Barcelona, Planeta, 1975.

entonces restablecer la perspectiva psicosocial de la sociedad, la de fenómenos psicosociales distintos al comienzo del manual, y entonces de la enseñanza de la psicología social. Usted sabe, al inicio, el triángulo del *ego*, del *otro* y del *objeto*, términos entre los cuales las distancias varían, lo mismo que varían las distancias de los personajes marido-mujer-amante en la comedia de los hábitos. Y enseguida el conflicto entre el individuo y la sociedad del que testimonian la mayor parte de las culturas. No quiero ir más lejos, porque este triángulo tiene implicaciones filosóficas. Es preferible detenernos en lo que cuestiona, en lo que éste cambia si uno lo toma en serio. Saber lo que éste cambia es una cuestión delicada, porque me es necesario responder por la crítica de las teorías de las cuales yo conozco la importancia histórica en psicología social. Quiero intentar un atajo diciendo que el punto de vista más difundido en psicología social era, y además sigue siendo, un punto de vista centrado sobre el *ego*, un punto de vista egocéntrico. Una de las ideas fundamentales expresada tanto por Festinger como por Sherif era el de la realidad social, en tanto que realidad derivada y no fundamental. En efecto, tanto para el uno como para el otro, un individuo normal provisto de órganos sensoriales normales podía conocer la realidad física. Entonces, como había dicho Wittgenstein, podía tener un lenguaje privado. Ahora si, por una razón cualquiera, el individuo estaba impedido de percibir, de conocer, en resumen de tener acceso a la realidad física, él tenía el recurso de otro individuo para funcionar, encontrar un terreno común, y entonces observar o juzgar una realidad social. Sherif muestra en sus experimentos de influencia que ésta resulta porque el movimiento autocinético es ambiguo, ilusorio, y que los individuos deben establecer una norma común para evaluar este movimiento. Festinger utiliza más o menos la misma idea, en particular en su teoría de la comparación social, suponiendo que un individuo que no está seguro de sus juicios busca asociarse con un individuo semejante, tan inseguro como él, a fin de establecer una realidad común, a Schacher le gustaba recordar en este tema el proverbio inglés, "misery loves misery".

Como quiera que sea, la comparación social es una explicación de la conformidad. Yo recuerdo estas cosas porque son fundamentales y siempre de actualidad. Entonces, en un sentido, lo social aparece "necesario" para rellenar un déficit sensorial o intelectual del individuo, y la convención o la norma para paliar de algún modo una ausencia de

regularidad objetiva y física. De todas formas, esta realidad estaba constituida con un individuo que llegaba a ser como el *ego* en la concepción de Sherif, o semejante al *ego* en la de Festinger. En resumen, como lo dice otro proverbio francés, el de “quien se parece se junta”. Discúlpeme por parecer que le doy una lección, pero todo esto significa que lo social es una prótesis del individuo y que la similitud es la característica principal de un grupo social. Hay en esta manera de ver una consecuencia que me aparece como una de las más absurdas y de las más tramposas del mundo. A saber, que los individuos que se asocian podían formar un grupo mientras tuvieran la necesidad de hacerlo, y separarse después, volver cada uno a su *statu quo ante*, a su “realidad física”, a su “lenguaje privado”, como si nada hubiera pasado. Sherif tuvo conciencia de lo absurdo de estas ideas intentando mostrar que, una vez establecida la norma entre dos individuos ésta sigue determinando el juicio de los individuos después de su separación.

He ahí lo que entiendo cuando digo que es una perspectiva egocéntrica: lo social me es necesario cuando el *ego* no puede percibir o conocer solo, y la realidad social, el grupo es asunto de semejantes. Cada uno sabe que todo esto se encuentra en las teorías más recientes de la identidad, de la discriminación, y así sucesivamente. Era muy necesario hacer algo para volver a poner los relojes de la psicología social a la hora. Primero esta noción del individuo que conoce la realidad física solo y sin convención es una media-verdad. Quien conoce por poco que sea la historia de las medidas, entonces del conocimiento, sabe que la medida de las longitudes supone convenciones relativas a la unidad de medida, a saber, el metro. Pero también la del tiempo que resultaría de negociaciones y de tratados para saber cual es el verdadero tiempo en las diferentes partes de los hemisferios. El gran físico Poincaré había escrito incluso un artículo, “The measure of Time”, en el cual decía que la simultaneidad del tiempo es una convención. Si interpretamos esto correctamente, incluso el conocimiento de la llamada realidad física exige un ingrediente social. Y cada uno sabe que si lo social no es sólo una prótesis, es que presupone relaciones y, sobre todo, interacciones entre los individuos que no son los dobles sino diferentes los unos de los otros.

Por todas estas razones es que introduce al *otro* y al *objeto* como la resultante de la interacción entre el *ego* y el *alter*, y que presenté sus

relaciones como un triángulo social. A decir verdad, lo que intente hacer, es sustituir el punto de vista que se debe llamar mimético de los fenómenos sociales, por el punto de vista interactivo y genético. Con el resultado de que sólo raramente conocemos una armonía entre el individuo y lo social, pero la mayor parte del tiempo el conflicto. En un modelo matemático imaginado con Serge Galam, se puede ver que un conflicto es indispensable para el conocimiento y para la creatividad de los grupos, desgraciadamente. Sin él la vida social sería un largo río tranquilo.

MTA: Usted acaba de señalar uno de los aspectos de la relación *ego-alter-objeto*. ¿Cuáles serían los otros aspectos?

SM: Yo espero haber logrado que se tome conciencia de que uno de los aspectos más temibles de la especie humana es la existencia del *otro*, la alteridad. Y que nuestro pensamiento, nuestro comportamiento tiene un carácter social, no a causa de la simple presencia del *otro*, sino de la relación con el *otro*. Esta relación no es unilateral sino recíproca. Uno es y se siente el otro de un otro. Así la relación de influencia no es nunca unilateral, se recibe siempre la influencia del que se busca influir. Además, desde el punto de vista psicosocial, no tenemos por costumbre habérnoslas con un objeto que es la representación de alguien. Como lo decía Lévi-Strauss, nosotros tratamos una cosa y la representación de una cosa, por eso yo creo que no se puede describir la cognición como *information-processing*. Y por otro lado, fuera de la psicología social, nadie la define así. Examinando el conocimiento social, uno puede calificarlo de objetivo desde el punto de vista de acción, pero al mismo tiempo éste debe respetar las condiciones subjetivas de una comunicación o de un consenso con los otros. Una de las ideas más interesantes que hayan surgido en la filosofía del lenguaje es la del lenguaje preformativo: diciendo una cosa, se hace. Por ejemplo, si yo digo que nos encontraremos mañana a la cinco, yo creo de algún modo este acontecimiento. Ahora bien es una ilustración perfecta del triángulo, porque es necesario un *yo*, un *tú* que se articulan juntos en un objeto, un *acontecimiento* común por venir. Aunque hay muchas cosas por agregar, me parece que hemos hecho el recorrido de esta perspectiva.

MARÍA TERESA ACOSTA ÁVILA

MTA: Otra de las nociones que tradicionalmente se asocian a la influencia es el poder, una pregunta que puede parecerle elemental. ¿Cuál es la diferencia que usted puede hacer entre ambas?

SM: Hay una sencillez en su pregunta que usted no encontrará en mi respuesta, por el hecho de que es uno de los problemas más debatidos en toda la historia del pensamiento. Ambos sabemos, que ha existido siempre y que permanece actualmente una corriente para la cual todo es poder, así como para algunos psicoanalistas, todo es sexo, o para algunos sociólogos todo es economía. Se encuentran siempre explicaciones en la ciencia fundadas sobre una causa que da cuenta de todos los fenómenos. Esto ocurre porque cada ciencia ha sido “construida” sobre el modelo de la mecánica de Newton alrededor de la gravitación. Ahora bien, no solamente uno no podría hacerlo ya actualmente en la física, sino que las ciencias físicas no tienen los medios matemáticos o experimentales para reducir todos los fenómenos a una sola causa. Entonces reducir la influencia al poder es incierto y arbitrario. Pero también poco interesante. Mostrar que los dominantes tienen una influencia sobre los dominados, los jefes sobre sus subordinados, que usted diga lo que le pidan decir bajo la amenaza de un bastón o de la ejecución de su grupo, es verdad, pero trivial. Y en general, revelar que, mientras más poder se tiene más influyente se es, como se ha hecho en los cientos de experimentos, no nos enseña gran cosa y no agrega nada a la ciencia. Pero no es todo. Reducir la influencia al poder implicaría reducir al hombre social al hombre conformista, el fenómeno de la influencia al fenómeno de la conformidad. De donde se deduce algo ilógico y contradictorio de acuerdo con las ideas de los raros investigadores que se han interesado en la innovación en psicología social, siendo Hollander el más notable. Él pensaba que un individuo que quiere cambiar las opiniones o las normas de su grupo debía acumular al inicio los “créditos idiosincrásicos”; es decir, ganar primero un cierto poder en y sobre el grupo pretendiendo adherirse a las normas y a los objetivos del grupo. Y solamente enseguida, una vez que llegará a ser líder, él podía cambiar las normas y objetivos del grupo. Y éste cambia, sigue inevitablemente a esta persona, porque se reconoce en ese líder y depende de él. Estas hipótesis tienen un lado paradójico, e incluso “maquiavélico”, porque explican cómo se llega a innovar conformándose. Recuerdo haber escrito en la época que esto

sería como decir que Lenin primero tendría que haber llegado a ser zar de Rusia y enseguida hacer la revolución bolchevique. Como quiera que sea, en este tipo de hipótesis, la influencia aparecía como una consecuencia o una forma de la innovación. Y eso parece inevitable cuando el poder es pensado como una explicación de la influencia. Cualquiera que ésta sea.

Mi problema era entonces explicar cómo y por qué una minoría puede influir, incluso si ésta no dispone de los recursos de la mayoría o del liderazgo, cuando ésta no puede utilizar ni la zanahoria ni el bastón. Esto parece inevitable cuando un individuo o un pequeño grupo no tienen ningún amparo en la sociedad, como es en general el caso de los disidentes y de los heréticos. Una vez llegado a este punto, uno excava un poco la historia, las realidades que uno ha conocido de cerca y uno se da cuenta que, teóricamente, existe una igualdad entre la fuente y el receptor, que la persuasión retórica tiene por objetivo, como decían los sofistas griegos, hacer a los débiles más fuertes, y así sucesivamente. Todo esto es lo inverso del poder que supone la desigualdad y la dominación, violenta la mayor parte del tiempo, del fuerte sobre el débil. La verdad es, tal vez, que el poder se vuelve un obstáculo para la influencia si se ejerce de manera continua. Si el poder es la acción de A sobre B, la influencia es o debe aparecer como una interacción entre A y B. Finalmente, en una sociedad, tenemos instituciones distintas, de las cuales unas tienen como tarea mantener el orden y las otras sirven para convencer a los ciudadanos del carácter legítimo de ese orden. Proseguir más allá nos llevaría muy lejos. Si yo evoco este recorrido, no es para contarle mi vida. Sino porque a pesar del reconocimiento y el interés por las minorías actualmente, la concepción de conjunto apenas ha cambiado. De manera que una gran parte de los problemas o elementos esenciales que se refieren a la innovación, o bien son estudiados al azar, o bien son totalmente ignorados. El objetivo de la teoría no era mostrar que las minorías pueden influir tanto como las mayorías, sino ampliar el campo de la psicología a nuevos fenómenos, a los fenómenos de la innovación, de la revolución, de la disidencia, de la herejía, y así sucesivamente, que son fenómenos psicosociales del más grande interés práctico. O, para decirlo de otra manera, el fin no era comprender cómo y por qué se cambia a los policías, sino cómo y porque uno llega a cambiar la policía. Finalmente, en esa época yo trabajaba en mi *Essai sur l'histoire*

humaine de la nature, entonces también sobre las revoluciones científicas. Son éstas las que constituyen los problemas y el trasfondo de este trabajo. Comprender la innovación, es comprender también cómo los hombres hacen su historia. En la teoría de la innovación se considera a las minorías como datos; en el *Essai sur l'histoire humaine de la nature*, yo hablo de una manera indirecta de su génesis y de su desarrollo, porque, en definitiva, el problema de la modernidad es el de la revolución. Pues la revolución aparece como fenómeno ejemplar y recurrente; primero en la ciencia y con la ciencia se difunde en la sociedad, se vuelve el modelo de la acción histórica. Antes de la irrupción de las ciencias había revueltas, después revoluciones. Ésta fue una época apasionante de mi vida. Yo trabajaba al mismo tiempo en este *Essai* y en la teoría de la innovación. Cuando, por así decirlo, los “terminé”, un poco por todas partes estallaron las “revoluciones” de los estudiantes y los movimientos sociales. No solamente barrieron las dudas que yo podía tener sobre el interés de la investigación, le dieron también un carácter de actualidad. Esto reforzó mi creencia mágica que yo tenía un radar que me permitía “sentir” los fenómenos *in statu nascenti*. Lo que tiene desgraciadamente muchos más inconvenientes que ventajas.

MTA: ¿Sería más justo entonces considerar que la autoridad está más próxima a la influencia?

SM: Más tarde, cuando la teoría de la innovación por las minorías estaba, por decirlo así, terminada, yo me interese, en *La machina à faire des dieux*, en las creencias y regrese a este problema del poder, que sin ser el resultado de la fe, se legitima por una fe. Recuerdo cómo me encontré con estas nociones de *potestas* y de *auctoritas* que tienen en común expresar una asimetría y una desigualdad. El ejercicio del poder supone la violencia, pero acabamos de decir que la autoridad la excluye. En cambio, ésta pertenece al campo de la creencia, podría llamársele la violencia de la fe que resulta de la influencia. Se podría sostener que la autoridad es eventualmente la fuente de la influencia, al mismo tiempo que ésta es el efecto. En resumen, mientras más se logra influir, como un predicador, un profeta nómada, un orador de partido, un disidente, un tal Sakharov, que corre riesgos y combate con y por los otros, más se gana autoridad. Teniendo, como

se lo he dicho, una experiencia de los movimientos, llego a sentir sin saber cómo la diferencia entre el liderazgo y la autoridad, entre la acción de “mandar” y la acción de “incitar” a los otros sin hacer intervenir el poder, a la manera de alguien que cambia el caudal de un río, actuando sobre los canales y no ejerciendo una presión en un sentido o en otro. Observe cómo un pastor conduce a sus ovejas a la casa, y usted comprenderá lo que quiero decir. La autoridad puede entonces llegar a ser una fuente de influencia.

La autoridad es alguien que gana legitimidad, legitimidad para decir la verdad, para hablar del bien, etcétera, y en ese sentido puede ejercer una cierta influencia, pero depende de esta influencia, mientras que el poder no depende de ésta. Teóricamente, yo no digo que en la realidad las cosas no sean más complicadas, pero si yo quiero analizar un fenómeno debo estar lo más cerca que sea posible de algo que tenga una especie de coherencia y de autonomía teórica, pero ligado a cierta realidad.

Ahora, y en último lugar, la ciencia es un arte. La ciencia no es la crítica, hacer la crítica de todo el mundo no es una actividad científica, es una actividad respetable en sí misma. Pero la diferencia entre la crítica, incluso si ésta concierne a la ciencia, y la ciencia misma, es que esta última es fundamentalmente una actividad artística en el sentido en que debe presentar conceptos nuevos, pero no solamente conceptos nuevos, sino aspectos nuevos de la realidad o de realidades nuevas. El progreso de una ciencia se mide por la ampliación de los fenómenos nuevos a los que puede dedicarse y conocer, y en esta medida incluso se conoce su avance. Yo tomo siempre este ejemplo: en el siglo XVII se conocían nueve planetas, y Pascal se quejaba del silencio del cielo. Actualmente conocemos millones de cuerpos de diferentes tipos, y el cielo está lleno de ruido.

Hoy en día la teoría de las minorías activas no solamente ha permitido ver las cosas de una nueva manera, también aportó fenómenos nuevos, justamente porque no hizo esta confusión, que era constante antes, entre poder e influencia. Es decir, consideró el fenómeno de influencia aparte del, por ejemplo, tú me agradas, yo te agrado y eso es influencia, etcétera.

MTA: Ahora que usted toca este punto en los estudios de la influencia. Éste es ciertamente uno de los aspectos distintivos de la psicología de

MARÍA TERESA ACOSTA ÁVILA

las minorías activas, porque una minoría no goza de una imagen positiva, no agrada a las personas y esto era considerado como un problema.

SM: La minoría por definición no debe agradar. Una minoría vive con el desagrado de la mayoría, es una realidad. No deben inventarse minorías agradables, las minorías agradables no han sido nunca verdaderamente muy influyentes. Lo que la investigación muestra es que la capacidad primera de una minoría es crear un conflicto y ser capaz de guiarlo, sino no hay invención no hay cambio. El conflicto es el otro concepto fundamental, la psicología social ha evitado siempre el estudio de este conflicto, se ha preocupado siempre del elemento de la eliminación del conflicto. El conflicto es un dato fundamental, no solamente de la historia sino de la creación de la subjetividad. Sería mejor que todo el mundo se amara, pero la realidad no es así.

El conflicto existe, hay varias maneras de afrontar el conflicto, sin éste no hay transformación del grupo, ni multiplicación de relaciones entre los grupos y el entorno. Eso lo mostramos matemáticamente con Gallard. Retomando experimentos que habíamos hecho, tenemos información matemática que lo muestra. Si no hay conflicto forzosamente hay equilibrio, hay conformidad y el grupo no se mueve. Sin el conflicto no hay nada, y también puedo decir que el conflicto puede ser destructor, como decía el economista Schumpeter, vivimos en la economía de una creación destructiva.

MTA: ¿En este marco cobra importancia el conflicto sociocognitivo?

SM: Yo no sé qué es un conflicto sociocognitivo en este contexto. Para ser claro, es necesario hablar de un conflicto social entre la minoría y la mayoría. Que este conflicto provoque tensiones cognitivas, afectivas, etcétera, tensiones cuyo desenlace dependa del fin perseguido por la minoría, no es un señalamiento escolástico sino práctico. La idea o la imagen que es necesario guardar en la mente es la de una minoría que provoca y crea un conflicto con la mayoría. Por dónde pasa ese conflicto, cómo se realiza, es un problema subsidiario.

MTA: Frecuentemente escuchamos que las minorías tienen como objetivo cambiar las opiniones, las actitudes, que están ligadas a las ideas de las personas...

SM: Para decir las cosas de la manera más didáctica y más precisa, el objetivo de las minorías es primero y, sobre todo, llegar a ser una mayoría. El medio es convencer y convertir a las personas en sus representaciones, en sus fines y acciones. Con la esperanza de incorporar adeptos a la minoría, como fue el caso de los disidentes hace un cuarto de siglo, o de los cristianos hace veinte siglos. Nosotros hemos consagrado muchas investigaciones al fenómeno de la conversión. Nuestra teoría es una teoría de la innovación por las minorías, y no una teoría de los cambios de las opiniones y de las actitudes, como por ejemplo la disonancia cognitiva. Por otro lado, Festinger era muy favorable a la teoría de la innovación y pensaba incluso que ésta podría renovar la dinámica de los grupos. Lamento mucho que esta dirección de investigación no haya sido continuada. Yo sé que bajo el nombre de “*minority influence*”, numerosos psicólogos utilizan fragmentos de esta teoría para estudiar la influencia y el cambio de las actitudes y de las opiniones. Pero esto, es porque la innovación no les interesa, ni las minorías o los grupos en general, sino solamente los mecanismos intra-individuales; y yo me pregunto si se debe hablar de un fracaso de la teoría, o de un fracaso de la psicología social para renovarse, para ampliar su campo fenomenológico.

MTA: ¿No es un juego de palabras?

SM: No. Ampliar el campo fenomenológico significa ampliar el campo de los fenómenos de los cuales una ciencia puede definir los problemas y proponer una teoría razonablemente nueva. El estudio de las actitudes es tan viejo que la psicología social ha comenzado, se dice, por ser una ciencia de las actitudes y de las opiniones. Sobre este tema publique un artículo en el *Annual Review of Psychology*, en 1962,³ donde muestro por qué es necesario orientarse hacia algo nuevo y diferente. Y cuando fue elaborada la teoría de la innovación por las minorías, se creía que la psicología social tenía una oportunidad de aumentar su campo de investigación y de interesarse en personas de grupos más variados. Pero eso hubiera significado romper con la tradición del primado de la conformidad, del sesgo hacia el conformis-

³ Serge Moscovici, “Attitudes and Opinions”, in *Annual Review of Psychology*, vol. 14, pp. 231-260, January, 1963.

MARÍA TERESA ACOSTA ÁVILA

mo, como nosotros lo habíamos llamado en la época, y eso no funcionó.

MTA: Volviendo a su teoría de las minorías, ¿cuándo la minoría llega a ser mayoría puede adoptar los comportamientos que impugnaba?

SM: Sí, llega a suceder, por supuesto, ésa es la transformación histórica. Hay dos cosas muy *delicadas*. Una minoría debe encontrar el momento *justo* para pasar a la mayoría, no debe hacerlo ni muy anticipadamente ni muy tarde, porque habrá otra minoría que tome su lugar. Es lo que pasó en la revolución bolchevique, por ejemplo. En segundo lugar, es la relación entre la minoría y la masa, no es una idea voluntaria. La minoría no hace la revolución, la revolución hace a las minorías, a los revolucionarios. La minoría puede –como lo hemos visto en dos o tres ejemplos de la revolución francesa, de la revolución bolchevique– dar una cierta dirección a la masa. El problema más delicado para la minoría es la relación con la masa, es el fundamento de toda teoría y práctica políticas. El mayor problema político es éste.

Yo creo que actualmente no se habla mucho del problema de la movilización. Una minoría tiene entonces como fin influir y movilizar, por su influencia y por sus acciones, pero debe tener la cualidad que yo he descrito en tanto que minoría activa. Estudiando la influencia, se estudia ciertamente un aspecto esencial de la movilización de masas. Pero la movilización no es todo. Es necesario considerar otras acciones que permiten articular la psicología de las masas y la psicología de las minorías, la interacción de dos actores sociales que son muy diferentes. No basta creer en las mismas cosas para actuar en el mismo sentido en un momento dado. La literatura política del siglo XX ha discutido frecuentemente el problema de esta articulación. Ésta está de acuerdo con la teoría de la innovación, pero no veo cómo se podría estudiarlas en el laboratorio o sobre el terreno. Sin embargo, podemos servirnos de los materiales históricos. Viendo en la televisión una muy bella serie de discusiones sobre el origen del cristianismo, he pensado que la teoría de la innovación puede ser aplicada al análisis de este origen de la minoría cristiana y a su propagación en el imperio romano. Una propagación que provoca algunas preguntas susceptibles de enriquecer la teoría misma.

MTA: Siguiendo sus palabras, un movimiento social, un movimiento de masas o incluso una revolución no es generado por una minoría activa. La minoría activa actúa sobre algo que está ya en marcha.

SM: La minoría no es sino una parte más aparte de ese movimiento histórico que ha creado a la vez la masa y la minoría. No es un ejército, no es una planificación, probablemente en el momento que nace la masa nacen varias minorías, como lo hemos visto en varias ocasiones. Incluso cuando uno estudia la historia de la religión, cuando nace el cristianismo, ésta no es la única minoría religiosa que nació en el marco de ese espacio. En ciencia no hay una sola escuela que toma el lugar de la escuela antigua, hay varias.

MTA: Es decir que la minoría es un agregado de individuos sociales.

SM: Por supuesto, al inicio toda minoría aparece como un agregado de individuos abandonando a la mayoría, como se observa en los primeros tiempos de la disidencia rusa, o como yo lo vi en el nacimiento del movimiento de la ecología política. Y si hay una presión exterior, este agregado puede transformarse, más o menos rápidamente, en un grupo interactivo y coherente. Pero no es forzosamente un grupo homogéneo, sin antagonismos y sin riesgos de fragmentación. No todas las minorías resisten a estos antagonismos y a estas fragmentaciones. No más de lo que no todas resisten a las presiones políticas o a las recuperaciones mediáticas. Según la teoría, una minoría incurre en más riesgos si sus líderes aparecen todos los días en la televisión, que si están en prisión. Esto puede parecer irracional. Pero nos sería necesario demasiado tiempo para hablar de estas cuestiones de psicología social profunda.

MTA: ¿Es aquí que el estilo de comportamiento que debe tener la minoría actúa dentro y fuera de la minoría?

SM: Por supuesto, la minoría debe ser capaz de hacerlo. Al interior y al exterior, no puede hacerlo de otra manera. Por otro lado, lo que también hace a una minoría es la represión, hemos tratado de mostrarlo, debe considerarse a la represión como un factor que obliga a la minoría a unificarse. La minoría afronta esta represión. En un inicio la

MARÍA TERESA ACOSTA ÁVILA

minoría es como una especie de grumos nacientes, como cuando se hace la mantequilla. Es necesario ver que es una acción que cambia todo el tiempo, y nosotros podemos teorizar el conjunto, el movimiento de conjunto y mostrar algunas cosas, pero no podemos reproducir la realidad.

MTA: ¿La minoría debe pasar a acciones concretas después de afrontar una resistencia a la acción del otro?

SM: Lo que transforma a la minoría en minoría activa es la resistencia misma.

MTA: ¿Cuál es el lugar de la violencia en su teoría, dado que hay mayorías que optan por privar de la vida a la(s) minoría(s)?

SM: La relación entre fuerzas violentas depende de la capacidad de la minoría. En este caso se entra en otro campo. Pero la violencia no cambia nada, la violencia misma es la lucha, la guerra civil, etcétera, y se abandona el campo de la influencia.

MTA: En el campo de la política, existe siempre la tentación de analizar desde el marco teórico de la psicología de las minorías activas a los partidos políticos que no se cuentan entre los más representativos o que representan la oposición.

SM: Hay partidos políticos que se comportan de manera minoritaria.

MTA: El punto no es entonces que sea un partido político, sino que se comporte como una minoría activa.

SM: Sí. Sin embargo para hacerlo, sus miembros deben tener, por decirlo así, "carácter" y compartir una creencia firme. Es tal vez lo que Max Weber llamaba una ética de la convicción.

MTA: ¿Entonces tener el carácter es tener la convicción?

SM: Es tener la convicción y el carácter, porque estamos en un mundo donde el hecho de creer o no es determinante. El comportamiento

consistente y firme de alguien no es solamente un comportamiento para los otros, sino primero para sí mismo. Responde, por decirlo así, a una necesidad interna del grupo o de los individuos. Si alguien cree en lo que dice, y hace lo que dice, es porque, una vez hecha su elección, no tiene más alternativa. La consistencia no es la repetición de una misma idea o de una misma frase, es la expresión de una adhesión a su sentido y a su contenido. Ésta no es entonces una receta para vender calcetines o hacer publicidad, o fabricar lemas. Es necesario recordar que la minoría toma riesgos de exclusión o de represión. Ciertamente las minorías en el laboratorio no toman riesgos, pero en general existen. Y contribuyen a hacer creíbles los mensajes de la minoría a los ojos de la mayoría. Pascal ha expresado este hecho en su terrible frase: “Yo creo solamente en los testimonios que se hacen decapitar”.

MTA: Es decir que no se deben confundir los aspectos de la publicidad con la acción colectiva.

SM: Sí. Se está en la acción colectiva si se tiene esta convicción, esta forma de comportamiento que no es innata. Yo he estudiado y publicado un poco sobre la disidencia. Los disidentes son personas que han llegado a la disidencia, particularmente la disidencia rusa, de lugares muy diferentes. De niveles culturales, de situaciones sociales, de formaciones de carácter muy diferentes. Y es extraordinario ver la transformación que se realiza una vez que se han comprometido en esto, como en el caso de los que se llamaban ellos mismos “el mundo de verdad”. Para ellos no había alternativa. Eso no quiere decir que no hubiera alternativa social, que alguien como Sajarov no podía hacer otra cosa. Pero una vez que se encontraban dentro de la disidencia, y eso es lo interesante, se produjo una conversión en ellos. Y esto no es innato, ni por coerción.

MTA: ¿La conversión está asociada a algo más intelectual?

SM: Todos somos intelectuales y universitarios. No todo el mundo lo es ciertamente. Pero mire de cerca, nuestra psicología social no es muy diferente. Entonces, para los intelectuales como para los otros, es válido el adagio: “*Primum vivere, deinde philosophare*”. Por lo tanto la conversión representa primero un cambio de la vida, de nuestra ma-

MARÍA TERESA ACOSTA ÁVILA

nera de existir, y solamente enseguida un giro intelectual. En este sentido la conversión es, lo hemos dicho ya, un segundo nacimiento. ¿Qué le sucede a un investigador cuando descubre un concepto o una teoría? No cambia únicamente de ideas y de representaciones. Su manera de sentir, de mirar las cosas, a las personas, cambia al mismo tiempo. Se vuelve más o menos algún otro.

MTA: ¿Y esto los coloca en un universo contestatario?

SM: En un universo que yo llamaría autónomo, donde uno encuentra otras personas, que han hecho el mismo recorrido, son personas que se encuentran ahí adentro. Y justamente en la edición francesa de la *Psicología de las minorías activas*,⁴ yo muestro cuál es la diferencia entre una minoría y un desviante, él no se considera como desviante con respecto al sistema.

MTA: ¿Ni como minoritario tampoco?

SM: Sí, eso es interesante. Un antiguo general, porque no todos eran de formación marxista, hizo una teoría de la minoría al interior de la disidencia. Este antiguo general se convirtió y en un momento dado él escribe: “Nosotros debemos considerarnos como una minoría...”. Él toma conciencia de que son una minoría en el mundo en que ellos viven. Tal vez no tiene relación con la minoría sino con el poder y la influencia.

Una de las cosas que me ha escandalizado a lo largo de mi vida es la utilización de los niños como un instrumento de perpetuación ideológica, no conozco régimen que no haya intentado hacerlo. Todos los países de Europa del Este lo han hecho y otros países lo hacen.

MTA: ¿Lo hacen actualmente?

SM: Sí, se hace actualmente.

MTA: ¿Incluso en los países que se dicen democráticos?

SM: No en Francia, me refiero a los países donde les ponen uniforme, hay juramentos, etcétera. La sociedad como tal no expresa simbólicamente su poder en la educación, quiere transmitir algo de su tradición, pero no lo somete a su poder directo, sino que el poder se vuelve la *fata morgana*.

Tal vez las personas creen eso y se apegan a eso. En la ciencia, aquí como en otros lados, se toma una palabra y la toman como realidad. Yo hablo del poder que se reproduce por la influencia en los niños. Si se observa la experiencia histórica, y si la experiencia histórica es un testimonio, lo que vemos es el fracaso total. Los niños que han estado sometidos a esto, finalmente cuando el régimen político ha desaparecido no quedan sino pocas huellas. Y lo que me impresiona es que a pesar de este fracaso, aún queda la idea de que *adoctrinando*—porque yo no llamo a eso influencia, es decir imponer las creencias políticamente por la violencia— se asegura la perpetuación de un poder político. Pienso que lo que ocurrió después de la guerra con el fascismo italiano, incluso con el nazismo lo muestra perfectamente.

La Iglesia misma no ha tenido éxito con el adoctrinamiento de los niños—porque la Iglesia ha jugado sobre las dos cosas, el adoctrinamiento y la influencia—, porque el mundo ha seguido siendo pagano. Eso muestra, desde mi punto de vista, que la relación entre el poder y la influencia no está históricamente probada.

MTA: La acción minoritaria es una acción compleja y no debe ser considerada como algo mecánico.

SM: Eso es lo que intento decir. Cuando salgo del campo, debo tener ideas teóricas. Yo pienso que la teoría es bastante correcta. Es como la aplicación de la ciencia. La ciencia aplicada no es la teoría científica aplicada, hay muchas otras cosas que entran en juego en la aplicación. Lo que intento decir entonces simplemente, es que no se puede decir que la acción sigue inmediatamente a la influencia, o que la influencia da necesariamente una recompensa política.

Voy a dar otro ejemplo concreto. Yo pienso que una de las cosas más influyentes desde el año 1968 es la ecología política, fue extraordinaria la rapidez de la influencia, yo no conozco muchos ejemplos como éste en la historia. Y no son cosas que uno se encuentra en la calle, *fue un movimiento*. Eso no quiere decir que políticamente eso se

MARÍA TERESA ACOSTA ÁVILA

traduce inmediatamente en un crecimiento, tal vez en razón de su rápido éxito a nivel de la influencia.

MTA: Entonces es incorrecto pensar que las ideas de las minorías van a tener un resultado inmediato.

SM: Sí. Hace mucho tiempo dije que uno de los errores del movimiento ecologista fue pensar que esta victoria de la influencia iba a tener un regreso inmediato. No hay que ser un niño que juega en el patio de los grandes. Eso no quiere decir que tal vez en veinte o treinta años el movimiento ecológico no ganará políticamente. Eso es lo que quiero decir. Por supuesto que influimos, después de todo en este lugar la minoría activa fue aplicada conscientemente. Hicimos acciones, movilizamos a las personas, protestamos, Green Peace actuó contra las centrales nucleares, hubo movilizaciones, etcétera. Hicimos muchas cosas. Pero *no es una relación mecánica*.

Yo reprocho mucho a los psicólogos sociales que piensen que uno puede tener un concepto que se traduce en una palabra. Por ejemplo la identidad, la identidad es la llave que abre todo. Asimismo, no porque conozca un cierto número de mecanismos, de procesos, hay una especie de procedimiento automático.

El hecho de trabajar en un mundo con una existencia histórica, en donde hay fuerzas de las cuales no conocemos nunca todos los aspectos, es lo que se puede llamar la realidad social.

MTA: ¿La aproximación histórica, no limita el interés que puedan tener los psicólogos estadounidenses por su teoría de las minorías activas como lo señalan Anne Maass y Russell D. Clark III⁵?

SM: Yo soy un creyente; es decir, yo creo que si es verdad, un día será comprendida, si no es verdad de todas formas será una especie de teoría. Si las personas no la han comprendido no soy yo quien debe en-

⁵ "Hidden Impact of Minorities: Fifteen Years of Minority Influence Research", in *Psychological Bulletin*, vol. 95, no. 3, 1984, pp. 428-450.

contrar las causas en Francia, es necesario que ellos busquen las causas en su país.

MTA: ¿Es decir?

SM: La psicología social es actualmente una ciencia estática o que se ocupa de fenómenos estáticos.

MTA: ¿Se ocupa todavía?

SM: No puedo hacer nada en esto, es un hecho que cada uno de nosotros puede constatar. Tome por ejemplo, al azar, los grupos. Y bien, los grupos no son ya considerados en tanto que realidades dinámicas, como en el tiempo de Lewin o de Sherif. Son definidos, se sienten como categorías o esquemas en la cabeza de cada individuo. La dinámica presupone interacciones, relaciones que evolucionan en el tiempo y así sucesivamente. La discriminación, por ejemplo, es concebida como un fenómeno estático, tanto cuando no se toma en cuenta el hecho que los grupos diferentes viven juntos, cuanto que interactúan como mayorías y minorías. Por ejemplo, entre hombres y mujeres hay discriminaciones, pero esto no impide otras relaciones porque ellos forman familias, tienen hijos, forman parte de una misma clase social, y así sucesivamente. Al lado de los conflictos, hay tentativas de resolver los conflictos. Todo esto no es muy original, pero no sólo es necesario un gran don de profecía para estar seguro que cualquiera que intentara hacer la teoría de esto fracasaría porque descuida la realidad. El poder generalizador y simplificador de la visión estática precisa y lógica tiene algunas ventajas en psicología social como en otras ciencias. Pero las fuerzas contradictorias y tumultuosas que actúan en una sociedad son siempre irresistiblemente mucho más dramáticas que nosotros, que intentamos excluirlas o dominarlas.

Entonces, debemos reconciliarnos con un tiempo fecundo en fracasos y en trastornos. Debemos decirnos que todo lo que estudiamos toma un carácter dinámico cuando es necesario encontrar un medio de conocer la verdad, una verdad que contiene la dimensión del tiempo. Tal vez no está allí el medio de conservar la atención de los psicólogos sociales. Yo no tengo la intención, ni la he tenido nunca, de darles lecciones. Tanto más que todo lo que digo refleja sin duda una

preferencia o una experiencia personal, tal vez incluso un rasgo de carácter. Lo reconozco gustoso. Para mí, la ciencia no ha sido nunca sólo una cuestión de teoría o de experiencia empírica. Es una cuestión de vida, de relaciones con los otros, y también una fascinación por los misterios de la realidad. Un asunto de habilidades, de vigilancia, de cuidado y de buena voluntad. Por eso yo raramente leo las críticas de la nueva especie que reemplazan la confianza por la sospecha universal. Todas las teorías o investigaciones que no les gustan, las suponen indignas, no confiables, llenas de trampas y de obstáculos, hasta que éstas puedan probar que son inocentes de lo que les incriminan. Pero en ausencia de diálogo y de confianza, la idea misma de prueba es todo excepto posible o restringida a lo esencial. La idea de enlazar y de sujetar no tiene ninguna oportunidad de éxito en esta atmósfera de solipsismo generalizada. Por momentos esta intolerancia me hace lamentar los viejos usos, las viejas cortesías de las antiguas universidades con su respeto por los adversarios y su paciencia con los fastidiosos. En el Laboratorio Europeo de Psicología Social, así como en la Asociación para el Estudio de las Representaciones Sociales, yo me he esforzado por respetar las idiosincrasias intelectuales de los investigadores, por tratar de la misma manera a los mejores y a los menos buenos, en preludeo a las relaciones más fecundas de la amistad. Yo creo que los investigadores latinoamericanos que han venido al laboratorio, y son numerosos, pueden testimoniarlo.

Pero hay también nociones que yo no puedo aceptar, no porque sean ilógicas, sino porque no corresponden a la realidad tal como yo la siento, o porque éstas expresan una cierta actitud frente a la vida. Por ejemplo, la noción de construcción. Ciertamente, ésta me parece un *oxymore*, porque si lo social no resultara de la práctica humana, si las reglas de conducta o de las normas no fueran instituidas por los hombres, las ciencias sociales no tendrían ninguna razón de ser, y valdría más seguir a Darwin que a Marx. Pero las sociedades, las instituciones, las reglas, las relaciones entre los hombres son obras que se realizan en el tiempo, raramente de manera voluntaria, consciente y previsible. Recuerdo que cuando el movimiento naturalista o ecologista o ecológico hizo eclosión, las personas no comprendían porque estaba allí y lo que hacía. Se podría decir lo mismo de los dos fenómenos imprevistos que marcaron el final del siglo XX. Las revoluciones de los estudiantes y la caída de la Unión Soviética. Los individuos y los gru-

pos tienen que ver siempre con fuerzas del pasado que son cosas co-reosas, un gran número de encuentros que deben mucho a la suerte, objetivos que se buscan alcanzar sin que sepamos en que orden de preferencia. Y con todo esto se dice, como decía Marx, hacer la historia, sin saber la historia que se hace. Piensa en las vidas de todas estas personas que han ido a México: ¿puedes decir que ellas han construido su vida como se construye una casa, o una carrera? Sí, los hombres hacen su sociedad, pero este hacer, yo no lo veo como una construcción; lo veo como una improvisación, como una improvisación que se hace en el jazz sobre temas conocidos, o como una improvisación cuando no se tiene una fórmula preparada para hacer frente a una situación desconocida. Incluso, y sobre todo, para educar un hijo, para conservar una amistad, es necesario improvisar. Se trata de la constitución de modos de existencia, como decía Nietzsche.

Incluso en las sociedades tradicionales, debemos inventar siempre posibilidades de vida, de relación, para hacer funcionar lo que no funciona o no todavía. Aseguramos nuestra vida en común no como un sujeto, sino como una obra, y en último lugar, es el pensamiento artístico y no el pensamiento reflexivo o calculador el que decide. El pasaje de un modo de existencia a otro, actualmente crónico, pero que yo he vivido en tanto que refugiado, con sus ruinas y sus destrucciones, semeja frecuentemente a una creación *ex nihilo*. Uno está obligado a buscar y a componer una forma de existencia llena de lagunas y llena de artificios. Y este esfuerzo, aunque se disimule, arrebatada de la vida, del deseo de vivir, una parte de la fuerza que ellos habrían podido tener y a veces detener su impulso. Para regresar a las minorías, éstas son el emblema de este proceso de improvisación que está en el fundamento de toda existencia y de toda práctica, de toda obra humana. Cuando se estudia el nacimiento de una minoría, se estudia ese proceso por el cual hacemos eclosionar nuestro mundo. Y hacemos venir toda una serie de sensaciones, de ideas que dormían en sus confines. Porque no sabemos la historia que hacemos, entonces como decía Napoleón, “se improvisa y después se ve”. Esta idea es bella, respeta el sentido de la imaginación y del juego, trágico o cómico, en nuestra existencia que tiene un efecto de emancipación. Yo no sé porque le cuento todo esto, porque le hablo de mi vida. Ah sí, es para decirle que la belleza o el placer que uno puede tener haciendo psicología social proviene de que la psicología social estudia estas improvi-

MARÍA TERESA ACOSTA ÁVILA

saciones de la vida y de los actores sociales, los fenómenos *in statu nascenti*, antes de que se hagan.

Es un criterio de elección de todas las investigaciones que he emprendido. Es necesaria la mayor plasticidad deseable, es necesario mantener las manos libres para encontrar otras cosas además de las que uno había previsto. Es verdad que estos fenómenos *in statu nascenti* tienen siempre por efecto crear una atmósfera de ansiedad, de duda, tal vez de desánimo, porque uno no sabe cuál es su grado de realidad. Pero, como se lo he dicho, yo soy creyente y a tal punto convencido de la verdad, de lo que tengo la impresión de observar y sobre todo de la teoría, que me ocurre de pasar de un salto a la conclusión con una vivacidad en sí misma tranquilizante. Felizmente he colaborado frecuentemente con personas de talento y estimulantes, capaces de soportar la espera de una sorpresa que a veces tomaba mucho tiempo en llegar. Dios sabe si las investigaciones sobre las minorías han requerido de perseverancia. Y es el caso, incluso actualmente.

Para mí, por ejemplo, los fenómenos que uno llama de asentamiento, no son fenómenos de un grupo exterior para un grupo interior, para mí es un problema de relación de minorías y mayorías.

MTA: Y de la representación que cada uno tiene del otro.

SM: La representación entra *necesariamente*. En la medida en que estamos en una realidad social tenemos *todo el tiempo* representación de las cosas. No podemos separarlo. Yo tomo esto como una especie de axioma, tal vez es falso pero se sostiene así. Lo que me permite también decir, de una manera sencilla, que estamos en relación con fenómenos simbólicos, porque en la acción misma de la minoría, los *estilos de comportamiento* de la minoría son estilos simbólicos.

MTA: Usted está señalando un problema epistemológico muy serio en nuestra disciplina.

SM: Sí, yo lo pienso así. La visión social se ha alejado de la aplicación, ha girado sobre ella misma. Voy a tomar dos ejemplos. Lo que se llama la revolución cognitiva. Cuando veo lo que la gente escribe sobre la cognición, constato una cosa muy simple, en la revolución cognitiva ha habido dos tendencias teóricas, con cuyos conceptos uno puede

estar o no de acuerdo. Una es la de Symond, que eran procesos, programas, etcétera. La otra la de Chomsky sobre la teoría representacional de la *mente*. Pero ninguna de las dos no se presentan o no han tenido eco en lo que se llama cognición en psicología social. O la precognición, algo que es el *infomation processing*, el proceso de la información. Pero yo no sé, ¿quién ha dicho que hacemos procesos informacionales, o que el conocimiento puede *teóricamente* definirse así? Incluso si se pudiera tener esa definición, lo que se hace en unas partes no se conoce en otras. Lo que quiero decir, es que existe este aislamiento no sólo institucional sino intelectual, es como decir lo que hace la ciencia de al lado no me interesa.

Mi trabajo no es hacer la crítica de la ciencia sino fabricarla, escribo de tiempo en tiempo cosas en este sentido. Efectivamente, yo pienso que una ciencia vive bañada por las otras ciencias. Uno toma los conceptos, los transforma, los adapta, etcétera.

Hace unos días tuve una discusión con alguien que me hablaba de corriente dominante, estoy o no estoy en la corriente dominante. Es extraordinario con respecto al objetivo de una ciencia como la de la innovación, es como decir después de todo usted no es académico. Yo pienso que eso sería un insulto para un artista, no ser académico, y es un insulto para un psicólogo social.

MTA: Dado que usted es el creador de la teoría de la innovación, ¿cuáles considera que son los aportes más importantes en el marco de la teoría?

SM: Yo pienso que todo lo que concierne a la conversión, todo lo que concierne al estilo de comportamiento mismo. Toda la serie de investigaciones sobre la denegación que muestran que, después de todo, uno cambia resistiendo al cambio. Lo que quiere decir que alguien que no resiste al cambio no cambia verdaderamente. Existe toda una serie de experimentos que publicamos sobre esto.

Pienso que el problema del desarrollo sociocognitivo está ligado a tener influencia, es lamentable que no haya sido retomado más ampliamente. Estoy intentando ser lo más cercano a lo concreto. En definitiva se ha comprendido mejor lo que es una minoría activa. En último lugar, el fenómeno de autoconversión. Nos planteábamos la pregunta, ¿cómo se conserva una minoría? Llegamos entonces a la

MARÍA TERESA ACOSTA ÁVILA

idea de la autoconversión; es decir, que en la acción de convertir a los otros uno se liga más a sus ideas, uno se autoconvierte. Los experimentos han mostrado que esto ocurre incluso si uno creía al inicio. Se puede decir que desde que la minoría intenta hacer proselitismo busca nuevas conversiones. El beneficio más importante para la minoría, a saber, es la autoconversión de sus propios miembros y convertir a los otros por supuesto.

En estas investigaciones hemos mostrado algo muy interesante, también para el método experimental. En un experimento usted tiene sujetos, los cómplices. Se piensa siempre que el cómplice es alguien neutro, que juega el rol de actuar sobre el sujeto. En este experimento mostramos que el cómplice, quien debía jugar el rol de influir al sujeto es el que más ha cambiado, sabiendo que daba respuestas que no eran verdad, que estaba implicado en hacer cambiar a los otros. No se puede decir entonces que cuando el cómplice actúa sobre los otros es un instrumento neutro.

Tal vez esta autoconversión puede volverse un campo de investigación, porque esto no puede explicarse ni por la teoría de juego de roles, ni por la disonancia. Esta última presupone que cuando digo algo contrario a lo que creo es necesario justificar porque hago lo que hago. En segundo lugar, en el rol *playing* uno cambia solamente si se inventa algo nuevo, no si uno reproduce. Aquí uno reproduce algo que se dice. Se abre entonces un campo más vasto.

MTA: En el marco de los nuevos campos de investigación de la psicología de las minorías, ¿cuáles son sus investigaciones recientes?

SM: Voy a responderle de manera indirecta. Las personas piensan frecuentemente, porque yo he propuesto teorías generales, que yo no hago sino investigaciones teóricas. Pero si usted lee mi bibliografía usted verá que yo he hecho muchas investigaciones empíricas y aplicadas. Yo conozco pocos psicólogos sociales que hayan hecho tanto como yo. He aprendido a hacer experimentos, al mismo tiempo que Faucheux, trabajando sobre la creatividad de los grupos, pero sobre todo sobre las minorías. Si yo fuera más joven, habría emprendido actualmente investigaciones empíricas sobre los movimientos de disidencia, utilizando materiales históricos. Y esto porque ciertos aspectos de la teoría no pueden ser profundizados de manera experimental.

Yo he reunido estos materiales, pero yo sé que me falta el tiempo necesario. He escrito algunos artículos al respecto, y es todo. Pero puedo decir a los jóvenes investigadores que el material histórico se presta a un análisis psicosocial y permite descubrir aspectos de la psicología de las minorías activas insospechados. Particularmente sobre el rol de las motivaciones éticas, o los “beneficios” psíquicos de pertenencia a una minoría, y así sucesivamente. Pero también en lo concerniente a las razones del rechazo de compromiso con la mayoría.

Al mismo tiempo, he comenzado a trabajar sobre las minorías víctimas, con Juan Antonio Pérez. Para ser breve, digamos que, en la teoría, he considerado la posibilidad de la acción de las minorías que ponen el acento sobre la “culpabilidad social” de la mayoría. Pero nosotros no hemos podido hacer investigaciones enseguida, porque no existían tales minorías, entonces los sujetos no habrían sido “sensibles” a la experimentación. Después de todo, una experimentación debe siempre corresponder a los fenómenos, a la realidad social existente. En el presente este tipo de minorías se han vuelto más numerosas, se les conoce, entonces el estudio de la acción sobre la culpabilidad social, prevista hace mucho tiempo, se ha vuelto posible. Ves, si uno vive tanto tiempo, la realidad atrapa la teoría. Eso me hace pensar en una anécdota célebre. Picasso había hecho un retrato de Gertrude Stein, un escritor americano que vivía en París. Por supuesto se hicieron muchos comentarios sobre las deformaciones para concluir que el retrato no semejaba al modelo. Y Picasso había respondido que eso no importaba, el personaje terminaría por semejar al retrato. Esto nos hace pensar sobre los lazos entre la teoría y lo real. Uno olvida el tiempo y, por tanto, éste juega un rol capital.

MTA: Finalicemos dejando un comentario sobre la investigación en el campo de las representaciones sociales, si le parece bien.

SM: Frecuentemente me piden tomar posición con respecto a tal o cual corriente de investigación en el campo de las representaciones sociales. Esto con el fin de restablecer una especie de unidad. Por supuesto, yo tengo, como se dice, “mi idea” sobre tal o cual investigación o tal o cual corriente de investigación. Y esto por dos razones complementarias: yo creo que nosotros no tenemos demasiadas, sino pocas personas que consagran su tiempo a la teoría; en resumen, la

investigación teórica es insuficiente. Y toda intervención de mi parte correría el riesgo de desanimar una investigación. Ésta es una situación preocupante entre nosotros y en las ciencias sociales en general. Pero avanzaría otra razón más realista: el signo de la unidad de una teoría es su diversidad. Yo no conozco ejemplo de una teoría que perdure, en las ciencias humanas e incluso físicas, de la cual se pueda decir que ha evolucionado hacia la unidad. Inútil tomar una actitud pretenciosa, de hacerle la lista de los ejemplos que usted tiene frente a sus ojos. Entonces, si yo no he intervenido, es por respeto del principio de realidad. De todas maneras, si una idea tiene valor, no es mi desacuerdo lo que le impedirá existir. Y si no lo tiene, mi intervención o no intervención no tendrá efecto. No es complacencia, indiferencia o falta de interés, es la expresión de una actitud histórica frente al desarrollo de los conocimientos. De un lado, todos tenemos interés por promover la investigación de ideas nuevas. Y también hace mucho tiempo que las tendencias pueden cohabitar, participan del intercambio de las ideas, es necesario aceptar e impulsar su diálogo. Todo esto proviene de una experiencia, tal vez más bien de una concepción que yo tengo de los movimientos sociales. Esto demanda a veces un sacrificio de la *self-esteem*, y exige paciencia, porque la diversidad es preferible al establecimiento de una ortodoxia y de una herejía. La impaciencia, decía Kafka, es el pecado original del hombre. Yo he cometido muchos pecados, salvo éste. Eso te explica porque yo no he intervenido, y yo quiero continuar. En todo caso, las preguntas son mucho más vastas para discutir las en una entrevista que se ha vuelto ya muy larga. Me limitaré entonces a algunas indicaciones rápidas.

La epistemología occidental está preocupada por un tema: romper la corteza para alcanzar el núcleo. Ahora la expresión “núcleo central” aparecería como un pleonasma, si no indicara una propiedad. A saber, la centralidad, de la cual se puede decir que es común a todos los sistemas. Hablar de núcleo central es hablar de las representaciones sociales como sistemas. Yo creo que es una de las especificidades del núcleo central con respecto al núcleo figurativo. Entonces se puede decir que la actualización del núcleo central forma parte de un análisis sistemático más bien que de un análisis estructural que presupone nociones como totalidad, regla, etcétera. Yo no puedo hacer la historia de esta investigación. Pero tengo el recuerdo que los primeros pasos fueron realizados por el grupo de Aix-en-Provence, Flament a la

cabeza, hablando del “grupo ideal”. Ahora bien, el grupo ideal era un ejemplar, el modelo reducido de una estructura inscrita en la cultura. Yo creo que Flament remontó el origen de este grupo ideal a la revolución francesa. Y entonces puede plantearse la pregunta de saber si la asociación de palabras o su frecuencia constituyen un método adecuado. En todo caso, a reserva de explicación histórica, no sería tal vez falso decir que las investigaciones de nuestros colegas de Aix han evolucionado de una perspectiva semántica a una perspectiva semiótica. Dadas mis preferencias, yo considero siempre que estudios, tales como los del grupo ideal, corresponden más a mi propio punto de partida. Y después, ésta ha estimulado numerosas controversias, entonces muchas observaciones o experiencias.

Una gran parte de la dificultad que yo tengo con las investigaciones que conciernen a las minorías es fácil de expresar. Mi teoría es la teoría de uno de los dos procesos de influencia: el proceso de innovación que es diferente del proceso de conformidad y opuesto a él. Y yo escogí estudiar la innovación por las minorías, porque es más emblemática y más difícil. Entonces puse el acento en los *procesos* (innovación, conformismo) y no sobre los actores o los sujetos (mayoría, minoría). Ahora bien, se ha producido un grave malentendido cuando se ha desplazado el acento del *proceso* a los *sujetos* pretendiendo estudiar “*minority influence*” o “*majority influence*”, lo que ha dado todo un mar de bricolages empíricos sin verdadera justificación conceptual. Si intento comprender las razones de esto, encuentro dos solamente: de una parte el empirismo congénito de la psicología social, y del otro, el hábito de menospreciar el carácter esencial de la interacción en los fenómenos sociales. Y entonces el hecho que la innovación y la conformidad son fenómenos de interacción. Es bien lo que yo me he esforzado de mostrar oponiendo en mi libro el modelo genético al modelo funcional. Pero yo no veo por qué ustedes no organizan un debate sobre todos estos puntos de vista diferentes.

París, junio 19, 2005.

Artículo recibido el 1 de diciembre de 2005
y aceptado el 4 de enero de 2006